

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTOBEESCO DE LITERATURA.

XIII. 209.

MADRID 4 DE AGOSTO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



ESTE PUEBLO SE LLAMÓ HOEYS.

EL TERRIBLE VENGADOR,

LOS NEGRITOS.

PARTE SEGUNDA.

Hoeys.

Esperamos que el lector tendrá la complacencia de acompañarnos en una incursión que pensamos hacer por el interior de un país desconocido, y a que á sus playas nos ha llevado nuestra buena suerte. Dejemos por lo tanto al *Terrible Vengador* en las pestilentes aguas de *Gallinas*: dejémosle mientras reposa de sus primeros afanes, y penetremos en esa Africa, según algunos inhabitada, según otros sumida en la mas espantosa idolatría. Detodo se encuentra en la viña del Señor; es decir, que en Africa hay dilatados desiertos, en los cuales no se ha estampado todavía la huella del hombre: en Africa hay naciones que sacrifican á los *majaes* y á otros reptiles venenosos: los individuos de dichas naciones no conocen mas ley que la de subsistir y la de multiplicarse, y por eso viven en continuas y recíprocas guerras; por eso andan enteramente desnudos y carecen de la idea mas remota de pudor, sin que esta circunstancia nos autorice, á nosotros los hombres civilizados, para creer que sus costumbres son menos puras que las nuestras; por eso toman parte en los encarnizados combates que sostienen las mujeres, los ancianos y los niños; por eso vende la tribu victoriosa sus prisioneros á los barcos negros que arriban á sus costas, sin que de tan infeliz cautiverio, el mas bárbaro suplicio de cuantos ha inventado la ambición de los hombres civilizados, quede escluido ni aun el mismo rey de la tribu vencida. Cuántos de estos reyes hemos visto en las calles de la Habana empujando las chillonas carretillas cargadas de géneros pertenecientes al comercio! Cuántos personajes ilustres nos han servido á la mesa y

limpiado los zapatos, á nosotros ocultos personajes en nuestra Patria, y tal vez sospechosos aventureros en extraños climas!

Pero no vamos á introducirnos en el interior, porque esto seria esponernos sin utilidad á ser devorados por las panteras: pudiéramos tambien caer en manos de alguna familia asaz estúpida para creerse obligada á degollarnos con el objeto de aplacar los enojos de su irritado dios tutelar. Ninguno de estos dos géneros de muerte nos acomodaria, y no abrigamos el entusiasmo ni poseemos la ciencia de Colon para hacer descubrimientos, que han de ser recompensados con ingratitud y perfidia.

Otra region existe que los geógrafos y otros viajeros, á sí mismos se llaman observadores, confunden con la que hemos intentado bosquejar: es preciso sin embargo convenir en que en nada se parecen. Las tribus inmediatas á las costas, aquellas que solo distan de ellas diez y ocho ó veinte millas son mas americanas que africanas: no participan de la ferocidad que distingue á las del interior; y el continuo trato con los buques negreros ha suavizado en gran manera sus costumbres: son idólatras, pero practican la hospitalidad como los indios del *Meschacébé*, que dieron asunto al gran Chateaubriand para una magnífica epopeya, y fabrican pueblos desde que un europeo desgraciado fue á ocultar entre ellos su desesperacion y sus lágrimas.

Era una tarde de tempestad; los relámpagos cruzaban en todas direcciones aquella atmósfera de fuego: el viento seco del Sud impelia las aguas de los ríos hácia las rocas que les sirven de muralla, y montañas de arena arremolinada sorprendian al inesperto *bozadillo* que se entretenia en coger mariscos en las quebradas de los peñascos. Una tribu de negros habia establecido sus ranchos en aquella parte de la costa que domina exactamente al desembarcadero de *Gallinas*: llevaba seis prisioneros á la factoría y se prometian en recompensa algunos fusiles, dos docenas de pañuelos de algodón ó seis barrilitos de aguardiente de caña.

De pronto oyeron gritos lastimeros, y poco despues arrojaron un cuerpo á la desierta playa las enfurecidas olas. Bajaron los negros intré-

pidamente, y socorrieron al infeliz.... Nad mas se supo entonces: aquel hombre agradecido salvado milagrosamente consagró su vida y su talento á la civilizacion de la tribu errante. El primer fruto que lograron sus desvelos fue la libertad de los cautivos: el segundo el hacerles conocer el verdadero Dios: el tercero la fundacion de un pueblo.

Este pueblo se llamó *Hoeys*, palabra que significa *gracia*, y fue abrasado de orden del gobernador de *Sierra Leona*, que supuso frivolos préstos para impedir los progresos de la naciente civilizacion africana.

A *Hoeys* vamos á conducir á nuestros lectores.

(Continuará.)

COSTUMBRES.

LA SALIDA DEL TEATRO.

(Conclusion.)

Curioso seria poder recoger todas las frases que á la puerta del teatro se oyen: escuchemos por un momento este juego de despropósitos.

- Yo me he divertido mucho.
- Eh! á mí no me gustan mas que las piezas donde se rie, porque cuando voy al teatro no es para llorar.
- ¿Dónde anda el niño?
- Va aqui delante de nosotros.
- ¿Ves como me mira? no me quita ojo.
- Si se habrá dormido mi criada y no me abrirá esta noche.
- Yo tenia á mi lado una muger que no hacia mas que toser; no debian ir al teatro las gentes que tosen.
- Y yo tenia enfrente un señor que no hacia otra cosa que estornudar en mi cara... viejo del demonio.
- Señoritas, ¿quereis aceptar mi brazo?

—Mañana à las diez estaré en la esquina de Correos.

—Basta.

—Las 11 y 1/2 y sereno...o...

—¿Quiere Vd. una carretela, mi amo?

—Me revienta esta maña de talarrear retazos de óperas y marcar el compás con el baston.

—Son tan estrechos los asientos, que tengo las rodillas entumidas.

—¡Ay Dios mio! he olvidado el paraguas y la caja del rapé.

—¿Qué tienes que mirar tanto à atrás?

—Pero hombre, si es que mi chal se habia enredado con los botones de aquel caballero.

—No olvideis las señas de mi casa.

—Señores, está lloviendo.

Efectivamente; para completar el cuadro, el tiempo, que estaba hermoso por la tarde, ha cambiado totalmente, y en este momento empieza à llover à mares.

Las mugeres no quieren salir à la calle; los hombres corren en busca de un carruaje, pero justamente entonces no hay ninguno, porque nunca los hay cuando hacen falta, y si por casualidad llega uno, tremendas disputas y cuestiones se arman sobre quien le ha de ocupar.

Un caballero que habia dejado una linda señora para buscar un carruaje, vuelve con él, pero ya no la encuentra, la busca inútilmente por todas partes y se decide por fin à irse solo, pero está inquieto; asoma continuamente la cabeza à la ventanilla: cada señora que vé pasar cree que es la suya, manda al cochero parar, saca la cabeza fuera del carruaje, y grita:

—Eres tú, querida mia?... no le responden; ó bien un hombre que acompaña à la señora que apostrofa, y que en la oscuridad no ha visto él, le dice en tono bastante seco:

—Decidme, caballero, ¿es à mi muger à quien llamais querida mia?

—Ah! mil perdones, caballero; es que busco à mi esposa, que he perdido à la salida del teatro.... y con la oscuridad yo creia....

—Podia Vd. tratar de asegurarse antes de permitirse llamar así à las personas que pasan.

El pobre marido se confunde en excusas y se arrinconaba en su carruaje diciendo al cochero:

—Anda... me he equivocado.

Después de varios errores por este estilo, llega à su casa, paga al cochero y llama; pero él no sabe que su criada, después de haber conseguido estar despierta hasta aquella hora, acaba de coger el que suele llamarse primer sueño, y del que bien pudiera despertar al amanecer; el pobre hombre llama de tiempo en tiempo y reniega al sentir el agua que cala ya sus huesos y el ambiente nada puro con que los encargados de limpiar un pozo de la casa del frente regalan sus narices.

Por fin, después de tres cuartos de hora de llamar, consigue bajen à abrirle de otro cuarto, siquiera porque los deje dormir; sube, riñe con la criada, que asegura no haber tenido noticia hasta entonces de que su amo estaba à la puerta, y saca en limpio que su muger no ha llegado todavía.

Un momento después entra por fin apoyada en el brazo del vecino del cuarto principal, joven de 25 años, que siempre fue obsequioso en demasía con su vecina; esta riñe con su marido y dice que si no hubiera dado la casualidad de encontrar compañía hubiera tenido que quedarse en el teatro. El marido à todo esto se vé obligado à pedir mil perdones.

Y hé aqui como cuando decia que hay una escena que todas las noches se representa en los teatros de Madrid, y que, sin embargo, jamás se anuncia en el programa de la funcion, decia bien.

EL INCÓGNITO.

VIAJE A ITALIA.

Hé aqui lo que vi y oí al pie de la catedral de Milan, tan clara y distintamente como si hubiese estado en el balcon del teatro italiano ó por lo menos como si me hubiera trasladado al tercer cielo como san Pablo; mas ¡ah! mi éstasis no fue duradero, vino à sacarme de mi contemplacion la

mas dura de las realidades, la realidad austriaca: apenas me hallé bajo la cúpula, conocí que aquella vez era juguete de una ilusion. Figuraos pues que la antigua iglesia, que pensé encontrar sosegada, estaba entregada à los mas horribles embarruznadores que hayan jamas manchado un monumento gótico. Todos aquellos señores ponian manos à la obra, lavaban la cara à la cúpula para la próxima y tercera coronacion de S. M. el emperador de Austria. ¡Pobre iglesia en que estado van à ponerle! Cuando entré en ella, el célebre decorador Farantini, como le llama la *Gaceta de Ausburgo*, habia soltado todos sus obreros contra el santo monumento. Tablas de abeto cubrian aquella poderosa columnata: el abeto cubria aquel mosaico: los dos púlpitos que sostienen admirables broncees aguardaban tambien su camisa de abeto: ya cubria el abeto en parte los diez y siete bajos relieves del coro: el abeto deshonraba el mausoleo de Juan Jacobo de Médicis, marques de Mariñan, y un mausoleo de Miguel Angel, elevado por el papa Pio VI à su terrible hermano. Como tambien iba à desaparecer el baptisterio bajo el innoble abeto, cortaba de la iglesia en dos partes maderage de lo mismo, bajo el cual desaparecia la rica pintura de la bóveda: cuando esté colocado todo ese abeto abominable vendrán los discípulos de Farantini; y cargarán aquella triste madera de columnas, de escudones de bajos relieves, de estatuas, como si en la catedral de Milan nada de esto hubiese. Antes bien ese estúpido maderage que cubre todo ese bronce, todo ese mármol; todo ese pórfido, tomará dentro de poco el color del pórfido, del mármol y del bronce.

En las bobedillas que dividen la iglesia se suspenderán encendidas lámparas; los altares y el altar mayor de Francisco Brambilla: y el sepulcro del cardenal Federico Borromeo quedarán ocultos bajo magníficas tintas rojas: la estatua de Praxiteles, esa horrible y admirable figura desollada, que ha venido à ser un santo mártir quedará envuelta en un flotante manto azul ó verde, y cuando toda la iglesia quede así vestida de limpio, cuando no se pueda distinguir bajo aquel hacinado maderaje ni una estatua, ni un cuadro, ni un sepulcro, ni aun la estatua de santa Catalina, entonces magnánimo emperador, podreis visitar ese templo; entonces podreis formar su comitiva, embajadores de todo el mundo: entonces la fiesta será cumplida y el teatro digno del drama que representais. Como envidiaré al hombre que desdeñando esas tintas suba mientras dure la coronacion à lo alto de la cúpula y descubriendo de una mirada à toda la Lombardia entre sus dos montañas, huelle con su planta ese ardiente mármol, encubridor de tan fugitivas grandezas. Este en efecto será mas rico y poderoso que todas las grandezas que esten bajo sus pies, porque desde lo alto de la cúpula será sin luchas, sin combates, sin ejércitos, sin *carcere duro* el verdadero soberano de aquella Italia austriaca que ya no es Italia, y que jamás será Austria.

Tal era el desórden de la catedral en este dia que à duras penas penetré fervoroso en la capilla; ó mas bien en la cueva donde reposa el cuerpo de san Carlos Borromeo, el señor, el arzobispo, el bienhechor de aquella comarca. Se vé su cuerpo en una urna que rodean excelentes adornos; pero en este dia carecia de honores el cuerpo del santo; ni una flor en su altar, ni una luz en su tumba, solo se pensaba en que el emperador iba à ser coronado. San Carlos Borromeo aguardará; es paciente, porque su memoria es eterna en aquel pais de que fue salvador.

Sin duda comprendeis que mi visita à la catedral entre tales maniobras era para desalentar à cualquiera. ¿Como ver nada en medio de tanto desórden? Pues el mismo desórden se veia en toda la ciudad. La coronacion era la grande ocupacion de todos los que eran ó no italianos, sorprendidos de tal actividad. En la carrera que debia llevar la comitiva imperial se embadurnaba coucal viva las casas ruinosas, fiel imagen de ese Reino Lombardo que no es sino un sepulcro revocado. — Y pasando por delante de la *Scala*, del célebre teatro fuve la curiosidad de entrar en él: el salon estaba como la catedral en manos de los decoradores: le componian poco mas ó menos como hemos visto el teatro del Odeon compuesto y descompuesto tan à menudo; inmenso es la *Scala*, pero ¿puede juzgarse de un

teatro sin espectadores ni cómicos? De seguro estará la *Scala* mas brillante que la catedral en el dia de la coronacion.

Algo mas lejos, en un extremo de la ciudad se ha construido un espacioso anfiteatro romano, parodia miserable de aquellos eternos teatros de Roma imperial, de los que se cuentan tantas maravillas. Este anfiteatro de Milan no tiene sino las apariencias de estos grandes circos, cuyas ruinas nos asombran todavia. Bajo vuestros pasos sentis que tiembla la piedra, comprendeis que el teatro se derrumbará por poco que la ocupe una generacion de hombres. Para que la imitacion sea completa puede este teatro llenarse, en caso de necesidad, de algunas pulgadas de agua; ¿mas donde estan los leones y los gladiadores de esta arena? ¿donde las ballenas y los cocodrilos de esta monarquia? La mas miserable de todas las imitaciones es la de los colosos; de este menguado circo pasais à otro plagio, y es un arco de triunfo, que guia al simplon, empezado por Napoleon, y usurpado alternativamente por todos los usurpadores que le han sucedido. Paréceme que bastaba con arrebatarse sus conquistas sin apoderarse tambien de algunas piedras que habia colocado una sobre otra en gloria suya.

Sic vos non vobis ædificatis.

SONETO.

A JONAS.

En los abismos de la mar sonora,
Despertando la voz del rey del cielo,
Despierta al leviathan, quien con anhelo
Finje para tu bien que te devora.
Serena tu inocencia y vencedora,
Embreada en el mónstruo; sigue el vuelo
Que à sembrar la conduce en otro suelo
La palabra de Dios generadora.
Y en las hondas entrañas sepultado,
Do el furor de los hombres no te alcanza
Surcas tranquilamente el mar profundo.
Yo así, en la Providencia confiado,
En paz sobre el bajel de mi esperanza
Navego por el piélago del mundo.

M. T.

EPIGRAMAS.

Aminado un gran tahir,
no teniendo que perder,
jugó su propia muger
para ganar un albur.

A su esposa (con ceceo)
decia un casado andaluz:
mas me pesa que la cruz
la ayuda del Cirineo.

M. T.

TEATROS.

CRUZ.

Hoy no hay funcion.

A la mayor brevedad continuarán las representaciones de *El Capitan de Fragata*, comedia nueva, en tres actos, de grande espectáculo marítimo, que con tan singular aplauso ha sido recibida.

PRINCIPE.

Hoy no hay funcion.